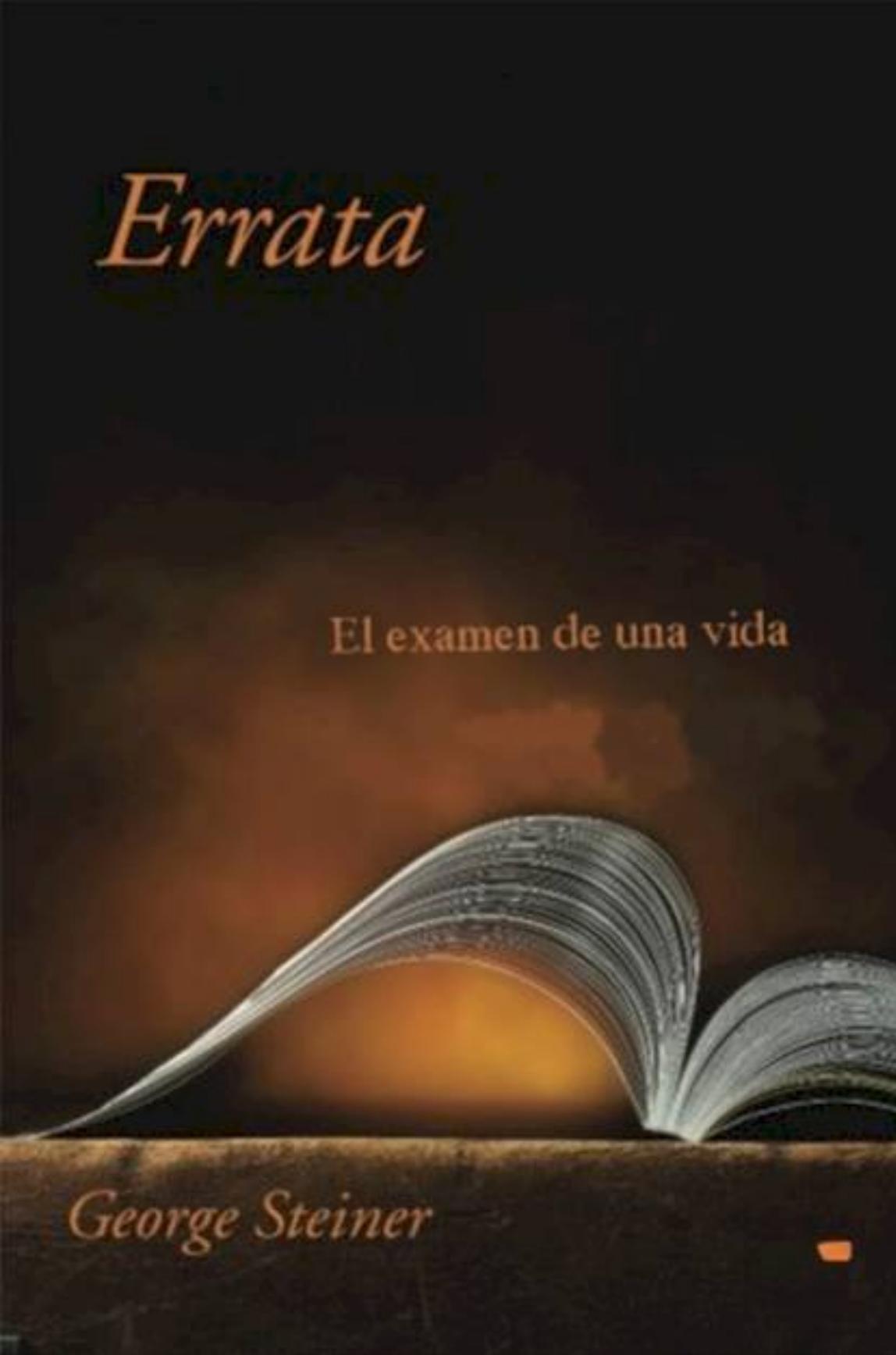


# *Errata*

El examen de una vida

*George Steiner*



«Errata», el libro más personal de George Steiner, constituye un análisis iluminador y fascinante de su propia vida y de su amor por la literatura y la música. Siempre incisivos, y a menudo provocadores, los puntos de vista de George Steiner están intensamente marcados por sus propias experiencias: su formación trilingüe —inglés, francés y alemán—, la educación recibida de su padre, su paso por la Universidad de Chicago en los años cuarenta, su propio sentido del judaísmo, sus escritos y su actividad docente. Steiner, un pensador que jamás ha eludido las «grandes cuestiones», analiza aquí el genio de Homero, Shakespeare o Racine, la traducción y el multilingüismo, la función de los maestros que han inspirado su vida profesional o la relación entre cultura y democracia, para acabar con un sorprendente análisis sobre el significado de la ciencia y la razón, del ateísmo y la religión.

## Uno

La lluvia, especialmente para un niño, trae consigo aromas y colores inconfundibles. Las lluvias de verano en el Tírol son incesantes. Poseen una insistencia taciturna, flagelante, y llegan en tonos de verde oscuro cada vez más intensos. De noche, su tamborileo es como un ir y venir de ratones en el tejado. Hasta la luz del día puede llegar a empaparse de lluvia. Pero es el olor lo que permanece conmigo desde hace sesenta años. A cuero mojado y a juego interrumpido. O, por momentos, a tuberías humeantes bajo el barro encharcado. Un mundo convertido en col hervida.

El verano era de por sí siniestro. Unas vacaciones familiares en el oscuro aunque mágico paisaje de un país condenado. En aquellos años de mediados de la década de los treinta, el odio a los judíos y el deseo de reunificación con Alemania flotaban en el ambiente austríaco. La conversación entre mi padre, convencido de la inminencia de la catástrofe, y mi tío gentil, aún moderadamente optimista, no resultaba fácil. Mi madre y su hermana, que sufría frecuentes ataques de histeria, intentaban crear un clima de normalidad. Pero los planes para pasar el tiempo —nadar y remar en el lago, pasear por los bosques y las montañas— terminaban disolviéndose en el perpetuo aguacero. Mi impaciencia, mis exigencias de diversión en un cavernoso chalet cada vez más frío y, supongo, húmedo debían de ser un fastidio. Una mañana, tío Rudi fue en coche hasta Salzburgo. Trajo consigo un librito con las tapas de color azul.

Era una guía ilustrada de los escudos de armas de la ciudad principesca y de los feudos circundantes. Todos los

blasones aparecían reproducidos en color, junto a una breve nota histórica sobre el castillo, el señorío, el arzobispado o la abadía correspondientes. El pequeño manual concluía con un mapa que señalaba los lugares de interés, incluidas las ruinas, y un glosario de términos heráldicos.

Aún recuerdo el asombro, la conmoción interior que este fortuito calmante produjo en mí. Lo que resulta difícil expresar en el lenguaje adulto es la combinación, casi la fusión de placer y de amenaza, de fascinación y de inquietud que sentí cuando me retiré a mi habitación, mientras las tuberías escupían bajo los aleros azotados por la lluvia, y permanecí allí varias horas como hechizado, pasando las páginas, aprendiendo de memoria los nombres de aquellos torreones e importantes personajes.

Aunque, claro está, entonces no podía definirlo o expresarlo de ninguna manera, aquel manual de heráldica me abrumó al revelarme la innumerable especificidad, la minuciosidad, la amplísima diversidad de las sustancias y las formas del mundo. Cada escudo de armas era diferente de todos los demás. Cada cual tenía su organización simbólica, su lema, su historia, localidad y fecha absolutamente propios, íntegramente suyos. Presagiaba una verdad única y definitiva. Cada uno de los elementos gráficos, cada uno de los colores y dibujos de sus cuarteles encerraba su propio y pródigo significado. En heráldica, es frecuente insertar unos escudos dentro de otros. Este recurso se designa en francés con el sugerente término de *mise en abyme*.

Entre mis tesoros figuraba una lupa. Estudiaba detenidamente los detalles geométricos, las formas de «animales», los losanges, rombos y barras diagonales de cada emblema; los yelmos de los timbres y las coronas de los soportes que flanqueaban las diversas armas; el número exacto de orlas que honraban el blasón de un obispo, de un arzobispo o de un cardenal.

La idea que me sobrecogió, que se apoderó de mí por completo y me mantuvo hipnotizado fue ésta: si hay en es-

ta oscura provincia de un pequeño país (una Austria en declive) tantos escudos de armas, todos ellos únicos, ¿cuántos habrá en Europa, en el mundo entero? No recuerdo cuál era mi percepción, si es que tenía alguna, de los grandes números. Pero recuerdo que me vino a la cabeza la palabra «millones» y me quedé desconcertado.

¿Cómo podía un ser humano percibir, dominar semejante pluralidad? De pronto, en un momento de exultante aunque horrorizada revelación, se me ocurrió que ningún inventario, ninguna enciclopedia heráldica, ninguna summa de animales fabulosos, inscripciones, sellos de caballerías, por exhaustivos que fuesen, podrían ser *completos*. El oscuro estremecimiento, la desolación que se apoderó de mí en aquella habitación mal iluminada de finales del verano en el Wolfgangsee —¿fue, remotamente, sexual?— ha orientado en buena parte mi vida.

Crecí poseído por la intuición de lo particular, de una diversidad tan numerosa que ningún trabajo de clasificación y enumeración podría agotar. Cada hoja difería de todas las demás en cada árbol (salí corriendo en pleno diluvio para cerciorarme de tan elemental y milagrosa verdad). Cada brizna de hierba, cada guijarro en la orilla del lago eran, para siempre, «exactamente así». Ninguna medición repetida, hasta la calibrada con mayor precisión y realizada en un vacío controlado, podría ser exactamente la misma. Acabaría desviándose por una trillonésima de pulgada, por un nanosegundo, por el grosor de un pelo —rebotante de inmensidad en sí mismo—, de cualquier medición anterior. Me senté en la cama intentando controlar mi respiración, consciente de que la siguiente exhalación señalaría un nuevo comienzo, de que la inhalación anterior era ya irrecuperable en su secuencia diferencial. ¿Intuí que no podía existir un facsímil perfecto de nada, que la misma palabra, pronunciada dos veces, incluso repetida a la velocidad del rayo, no era ni podía ser la misma? (mucho más tarde aprendería

que esta ausencia de repetición había preocupado tanto a Heráclito como a Kierkegaard).

A esa hora, durante los días que siguieron, la totalidad de experiencias personales, de contactos humanos, de paisaje a mi alrededor se transformaba en un mosaico en el que cada uno de sus fragmentos era a un tiempo luminoso y resistente en su «quididad» (término escolástico que designa la presencia integral revivida por Gerard Manley Hopkins). No podía haber, estaba seguro, finitud en las gotas de lluvia, en el número y la diversidad de los astros, en los libros por leer y las lenguas por aprender. El mosaico de lo posible podía estallar en cualquier momento y reorganizarse para formar nuevas imágenes y cambios de significado. El lenguaje de la heráldica, aquellos «gules» y aquellas «barras siniestradas», aunque entonces no lo entendía, debía de ser, pues así lo sentía, tan sólo uno entre los innumerables sistemas de discurso específicamente creados a medida de la hormigueante diversidad de propósitos, artefactos, representaciones u ocultamientos humanos (aún recuerdo la extraña excitación que sentí ante la idea de que un escudo de armas podía ocultar tanto como revelaba).

Comencé, como muchos niños, a elaborar listas. De monarcas y de héroes mitológicos, de papas, de castillos, de fechas destacadas, de óperas (me habían llevado a ver *Fígaro* en el Festival de Salzburgo). La cansina insistencia de mis padres en el hecho de que tales listas ya existían y que podían consultarse en cualquier catálogo u obra de referencia no me proporcionaba consuelo alguno. (Mis preguntas sobre los anti-papas y cómo incluirlos en ellas irritaban visiblemente a mi gentil y algo ceremonioso tío). Los índices disponibles, aunque tuvieran mil páginas, los atlas, las enciclopedias infantiles, nunca podrían ser exhaustivos. Este o aquel dato, acaso la clave oculta del edificio, podría haberse omitido. Había sencillamente demasiado sobre cualquier cosa. La existencia se imponía y tarareaba con obstinada diferencia como polillas en torno a la luz. «¿Quién puede

contar las nubes con exactitud? ¿Quién vacía los odres de los cielos?» (¿Cómo podía tener conocimiento el autor de Job 38, 37 de las lluvias en Salzkammergut?) Puede que no llegase a recitar para mis adentros este versículo en aquel agosto lluvioso, aunque el Antiguo Testamento fuera ya una voz tutelar; pero yo sabía de aquellos odres.

Si bien es cierto que la revelación de la «unicidad» inconmensurable me tenía fascinado, también me atemorizaba. Regresaba a la *mise en abyme* de un blasón dentro de otro, a esa «puesta en abismo». Imaginaba una insondable profundidad de diferenciación, de no identidad, constantemente amenazada por la eventualidad del caos. ¿Cómo podían los sentidos, cómo podía el cerebro imponer orden y coherencia en el caleidoscopio, en el *perpetuum mobile* del enjambre de la existencia? Tuve vagas pesadillas sobre el hecho, revelado en la sección de ciencias naturales de algún periódico, de que un pequeño rincón de la selva amazónica estaba habitado por 30 000 especies de escarabajos rigurosamente distintas. Observar y copiar con acuarelas los escudos señoriales, episcopales o civiles, examinar las infinitas variaciones de las formas y de los motivos icónicos me producían un temor especial. El detalle podía no tener fin.

Semejante infinitud produce una especie de náusea. La sensibilidad clásica griega se acobardaba ante los números irracionales y lo inconmensurable. Mi reacción adolescente fue diseñar un escudo de armas, tabardo y estandartes para Sixtus van Falkenhorst, prelado imaginario, belicoso y sensual, instalado en su castillo encaramado sobre una aguilera de montaña casi inaccesible, cuya torre central albergaba la lista de todas las listas, la *summa summarum* de todo lo que es. Este aterrador hechizo tuvo sus consecuencias.

Siempre he desconfiado de la teoría a la hora de resolver mis asuntos emocionales, intelectuales y profesionales. En la medida de mis posibilidades, encuentro sentido al concepto de teoría en las ciencias exactas y, hasta cierto punto, en las ciencias aplicadas. Estas construcciones teóri-

cas precisan, para su verificación o refutación, de experimentos cruciales. Si son refutadas, serán sustituidas por otras. Pueden formalizarse lógicamente o matemáticamente. La invocación de la *teoría* en el terreno de las humanidades, en la historia y en los estudios sociales, en la evaluación de la literatura y las artes, me parece mendaz. Las humanidades no son susceptibles ni de experimentos cruciales ni de verificación (salvo en un plano material, documental). Nuestras respuestas a ellas son pura intuición. En la dinámica de la semántica, en el flujo de lo significativo, en la libre interacción de interpretaciones, las únicas proposiciones son una opción personal, de gusto, de remota afinidad o de sordera. No cabe la refutación en sentido teórico. Coleridge no refuta a Samuel Johnson; Picasso no se acerca a Rafael. En las humanidades, la teoría no es más que intuición que se vuelve impaciente.

Mi convencimiento de que el actual triunfo de lo teórico en el discurso literario, histórico o sociológico es mero autoengaño, de que revela una actitud de cobardía frente al prestigio de las ciencias, tiene su origen en esos escudos de armas irreductiblemente individuales que perturbaron mi vida aquel verano de 1936. Más tarde supe que hay ciertas reglas formales y convenciones exactas que subyacen al código, a los cuarteles heráldicos, que existen figuraciones y alegorías sistemáticas. Si así se desea, es posible hacer una lectura «teórica» del significado de los blasones. Para mí, sin embargo, este esquema abstracto no es capaz de alterar o transmitir la fuerza motriz de la individuación. No es capaz de sustanciar la circunstancia existencial — temporal, familiar, psicológica — del *dramatis persona* que portaba ese escudo. Como tampoco dos leones rampantes rugen la misma saga. Poseído por la «santidad de lo minúsculo particular» a la que se refería Blake, por el vertiginoso conocimiento de que en ajedrez, tras los cinco movimientos iniciales, hay más posibilidades que átomos en el universo, me he quedado al margen del actual rumbo domi-

nante hacia la teoría. Los juegos deconstruccionistas o posmodernos, la imposición de modelos metamatemáticos en el estudio de la historia y de la sociedad (teniendo en cuenta lo pretenciosamente ingenuas que a menudo son las matemáticas) condicionan en gran medida el clima en el que se desarrollan los trabajos académico-críticos. Los teóricos en el poder consideran mi propia obra, si es que la consideran de algún modo, como impresionismo arcaico. Como heráldica.

Pero el arte y la poesía siempre darán a los universales «una morada y un nombre». Han transformado lo particular, incluso lo minúsculo, en inviolable. En ningún lugar se manifiesta esto con mayor claridad que en el canto IV de *El rizo robado*, de Pope:

*A constant Vapour o'er the palace flies;  
Strange phantoms rising as the mists arise;  
Dreadful, as hermit's dreams in haunted shades,  
Or bright, as visions of expiring maids.  
Now glaring fiends, and snakes on rolling spires,  
Pale spectres, gaping tombs, and purple fires:  
Now lakes of liquid gold, Elysian scenes,  
And crystal domes, and Angels in machines.  
Unnumber'd throngs on ev'ry side are seen,  
Of bodies chang'd to various forms of spleen.  
Here living Tea-pots stand, one arm held out,  
One bent; the handle this, and that the spout:  
A Pipkin there, like Homer's Tripod walks;  
Here sighs a Jar, and there a Goose-pye talks;  
Men prove with child, as pow'rful fancy works,  
And maids turn'd bottles, call aloud for corks.*

*[Un constante Vapor sobre el palacio flota;  
Extraños fantasmas se alzan entre las brumas;*

*Terribles, como sueños de eremitas en cuevas encantadas,  
Claros como visiones de doncellas que expiran.  
Ahora enemigos fieros, serpientes en torcidas espirales,  
Espectros demacrados, tumbas abiertas y purpúreas  
llamas:  
Ahora lagos de oro líquido, escenas elíseas,  
Cúpulas de cristal y ángeles dentro de máquinas.  
Inmensas multitudes se ven por todas partes,  
De cuerpos transformados en cóleras diversas.  
Aquí teteras vivas con un brazo extendido,  
El otro recogido; el asa éste y aquél el pitorro:  
Allí un puchero avanza, cual trípode de Homero;  
Aquí suspira un jarro, y allá una urraca habla;  
Los hombres paren hijos, en portentosa hazaña,  
y las jóvenes, convertidas en botellas, piden a gritos un  
corcho].*

Los dos últimos versos exigen, sin lugar a dudas, una interpretación psicoanalítica. Pero qué ínfima cantidad de su magia surrealista puede teorizar semejante interpretación. La subversiva ironía de Pope puede, ciertamente, molerse en el molino deconstructivo. Triturada hasta quedar convertida en polvo teórico, ¿qué queda de su encanto de pesadilla? La glosa más penetrante sobre este pasaje es la ilustración de Beardsley, en la cual, si no Dios, el diablo aparece con todo detalle. Pregunten a cualquier niño si esa «tetera viva» es susceptible de deconstrucción, si la teoría puede detener al puchero andante.

## Dos

¿Puede una voz humana proyectar una sombra enorme y deprimente? En las emisoras de onda corta, la radio gorgjeaba y la señal acababa por desvanecerse entre ráfagas de interferencias. Pero la radiodifusión de los discursos de Hitler jalonó mi infancia (de ahí, tantos años después, *El traslado a San Cristóbal de A. H.*). Mi padre se pegaba a la radio, esforzándose por escuchar algo. Estábamos en París, donde yo nací en 1929. Uno de los médicos que atendió a mi madre en mi difícil llegada al mundo regresó más tarde a Luisiana para asesinar a Huey Long. La historia estaba en compás de espera.

Mis padres abandonaron Viena en 1924. Partiendo de unas circunstancias sumamente precarias, de un medio checo-austríaco próximo al gueto, mi padre se convirtió en una eminencia a velocidad meteórica. La Viena antisemita, cuna del nazismo, era en ciertos aspectos una meritocracia liberal. Mi padre había conseguido un puesto importante en el Banco Central Austríaco, con *fiacre* (coche de punto) incluido. El joven *Herr Doktor* tenía una brillante carrera por delante. Con inexorable clarividencia, mi padre presintió la inminencia de la catástrofe. El odio a los judíos, doctrinal y sistemático, bullía y acechaba bajo el deslumbrante liberalismo de la cultura vienesa. El mundo de Freud, de Mahler, de Wittgenstein era también el del alcalde Lueger, réplica exacta de Hitler. Los lunáticos orígenes del nazismo y la «solución final» son más austríacos que alemanes. Al igual que uno de sus amigos huidos de Galitzia [en Polonia], un tal Lewis Namier, mi padre soñaba con Inglaterra. La carrera

de Disraeli estaba rodeada de un aura mística y talismánica para la *intelligentsia* judía de Europa central y del este. Pero mi padre padecía de fiebres reumáticas y la ciencia médica del momento consideró que Francia ofrecía el clima más adecuado para esta dolencia. De modo que fue París, y un nuevo comienzo en difíciles circunstancias (mi madre, vienesa hasta la médula, lamentó este traslado aparentemente irracional). Y mi padre nunca llegó a sentirse cómodo en el ambiente de la política, las finanzas y la sociedad francesas, marcadas a su juicio por el chovinismo, la arrogancia, la frivolidad y la miopía. Mascullaba entre dientes (injustamente) que cualquier ciudadano de cualquier nacionalidad vendería a su propia madre, pero que los franceses eran capaces de regalarla.

Mi padre, un hombre de salud frágil, estaba dotado de una voluntad y un intelecto formidables. Encontraba inaceptable a buena parte de la humanidad. La negligencia, las mentiras (incluso las piadosas) y las evasiones de la realidad le sublevaban. No conocía los mecanismos del perdón. Sus aportaciones a la inversión bancaria internacional, a las técnicas financieras del período de entreguerras, son un hecho constatado. Su sionismo tenía el fervor de quien sabía, desde el principio, que jamás emigraría a Palestina. En su *ex libris* figuraba una bricbarca con un candelabro de siete brazos en la proa, que arribaba a Jerusalén. Pero la ciudad santa permanece en el horizonte lejano. Mi padre encarnaba, como cada rincón de nuestra casa de París, el sentimiento general, la prodigalidad y el ardor de la emancipación judía europea y centroeuropea. Los horrores que redujeron a cenizas estos sentimientos humanos y esta visión liberal han distorsionado la memoria. Las evocaciones de la Shoah han privilegiado trágicamente el recuerdo del sufrimiento anterior, sobre todo en Europa oriental. El orgulloso judaísmo de mi padre estaba, como el de Einstein o el de Freud, teñido de agnosticismo mesiánico. Destilaba racionalidad, promesa de ilustración y tolerancia. Le debía tanto

a Voltaire como a Spinoza. Las fiestas religiosas, particularmente el Día de la Expiación, se respetaban en mi familia no tanto por motivos teológicos o doctrinarios como por ser citas anuales de identificación con una madre patria en tiempos milenarios.

En virtud de lo que acabaría por convertirse en insostenible paradoja, este judaísmo de esperanza laica buscaba en la filosofía, la literatura, la erudición y la música alemanas sus garantías talismánicas. La metafísica y la crítica cultural alemanas, de Kant a Nietzsche, pasando por Schopenhauer, los clásicos de la poesía y el teatro alemán, los grandes historiadores como Ranke, Mommsen y Gregorovius abarrotaban los anaqueles de la biblioteca de mi padre. Al igual que las primeras ediciones de las obras de Heine, en cuyo incisivo humor, en cuyo destino escindido y ambiguo, en cuyo virtuosismo exiliado, tanto en alemán como en francés, mi padre veía el espejo profético del judaísmo europeo moderno. Como tantos judíos alemanes, austríacos y centroeuropeos, estaba atrapado por Wagner. Durante su brevísimo paso por el ejército en Viena, el año 1914, montó un caballo llamado Lohengrin; más tarde se casó con una mujer llamada Elsa. Era, sin embargo, el legado completo de la música germanoaustríaca, eran Mozart, Beethoven, Schubert, Hugo Wolf y Mahler quienes poblaban la casa. Siendo yo muy pequeño, cuando llegaba la hora de irse a la cama, a veces me permitían escuchar a través de una rendija en la puerta del salón la música de cámara o un recital de *lieder* interpretados por los músicos invitados a nuestra casa. Todos eran refugiados que se encontraban en una situación desesperada. Pero incluso en aquel crepúsculo político cada vez más denso, una canción de Schubert, un estudio de Schumann eran capaces de iluminar el embelesado semblante de mi padre. Cuando había que hacer concesiones a la insoslayable realidad, mi padre introducía un toque irónico: las grabaciones de Wagner eran interpretadas entonces en francés.

Sólo en las cartas de Gershom Scholem, publicadas póstumamente, he encontrado la misma nota de desesperada lucidez y de alarma. Una y otra vez, incluso antes de 1933, mi padre hizo cuanto pudo por prevenir, alertar, por despertar la necesidad del exilio no sólo entre aquéllos a quienes mi madre y él habían dejado atrás en Praga o en Viena, sino también entre los miembros del *establishment* político-militar con quienes había entrado en contacto por medio de sus negocios internacionales. Su «pesimismo», sus «pronósticos alarmistas» no suscitaban oficiosamente más que hostilidad o desprecio. La familia y los amigos se negaban a abandonar su país. Era posible llegar a un acuerdo razonable con Herr Hitler. Las desavenencias pasarían pronto. La era de los pogromos había concluido. En los círculos diplomáticos y ministeriales mi padre era considerado como una tediosa Casandra con tendencia a sufrir los proverbiales ataques de histeria judía. Mi padre vivió la amarga década de 1930 como un hombre atrapado en una tela de araña, repartiendo golpes a diestro y siniestro, y enfermo del corazón. Sentía, además, una pena íntima y constante.

En sus estudios de derecho y teoría económica había una fuerza excepcional. Publicó monografías sobre la utopía económica de Saint-Simon y las crisis bancarias austríacas de finales del siglo XIX. La imperiosa necesidad de ayudar económicamente a los miembros de su familia menos favorecidos, el hundimiento de la monarquía austro-húngara y las secuelas de la Primera Guerra Mundial lo empujaron hacia el mundo de las finanzas. Respetaba la importancia y las ingenuidades técnicas de su oficio, no así a la mayoría de quienes lo practicaban. (Uno de sus pocos coetáneos, a quien consideraba eminente y a quien llegó a parecerse en ciertos gestos, así como en el tono, era Siegmund Warburg). Pero las íntimas pasiones de mi padre estaban en otra parte. Su precaria salud le había impedido estudiar medicina. Se interesó entonces por la vertiente intelectual de esta disciplina, por los aspectos históricos y filosóficos

de la biología. Sus conocimientos eran amplísimos y exactos. Su apetito lingüístico no se aplacó en ningún momento (cuando murió estaba estudiando ruso). Las inversiones bancarias ocupaban la mayor parte de su vida pública. Pero en el fondo le eran casi indiferentes. De esta tensión surgió la firme decisión de que el hijo no supiera nada de la profesión del padre. Esta división llegaba en ocasiones a extremos absurdos: «Prefiero que no conozcas la diferencia entre un bono y una acción». Yo tenía que ser un profesor y un intelectual riguroso. En este último punto le he fallado.

¿Por qué este ensalzamiento del profesor-intelectual frente al artista, al escritor o al músico, en una sensibilidad tan desarrollada como la suya hacia la música, la literatura y las artes? No quedó un solo museo de París y, más tarde, de Nueva York al que mi padre no me llevara un sábado. Y es en esta preferencia instintiva por la docencia y por el aprendizaje, por el descubrimiento y por la transmisión de la verdad, en lo que mi padre, pese a su doloroso estoicismo, era profundamente judío. El judaísmo, al igual que el islam, es iconoclasta; teme la imagen y desconfía de la metáfora. El judaísmo emancipado se deleita en el artista, especialmente en el músico; ha producido maestros del teatro y del cine, pero, hasta hoy, pese a su notable influencia en la literatura estadounidense, pese a que puede mirar a Kafka, a Proust, a Mandelstam o a Paul Celan, el judaísmo no llega a sentirse del todo cómodo con la poética de la invención (la *fabulación*), con la semilla de la «falsedad» o la ficción, con la rivalidad con Dios, creador inherente de las artes. Ante las ilimitadas maravillas del universo creado, ante la inmensa riqueza de vida por registrar y aprehender racionalmente, ante la cantidad de historia por descifrar, ley por aclarar, ciencia por desarrollar, ¿es la concepción de la ficción, de la *mimesis*, un propósito verdaderamente responsable, auténticamente adulto? Freud, por ejemplo, no lo creía así. Las fantasías deben desaparecer a medida que el hombre madura en el «principio de realidad». Es posible